

Andra Kottow
10 de abril 2019

1) Demanda de transparencia

Una de las demandas que ha marcado a varios de los movimientos sociales de los últimos años, así como a discusiones relevantes en la esfera pública, dice relación con una exigencia de mayor transparencia. Pensada, esta última, en tanto medida anti-corrupción y anti-acoso, se trata de una demanda muy razonable que pretende visibilizar una serie de prácticas que históricamente han servido para el abuso. Desde mayor transparencia en asuntos financieros (hacer públicos los sueldos de los cargos públicos, por ejemplo), hasta transparentar relaciones de amistad o de parentesco en la asunción de ciertos cargos políticos, o, en un sentido muy amplio, una política de puertas abiertas.

Lo que ha podido observarse con respecto a este llamado a la transparencia es que se ha ido, paulatinamente, rebasando del espacio público al privado, hasta tal punto, que parece cada vez más difícil sostener esta distinción entre lo público y lo privado. Esta separación de esferas tan cara a la modernidad, ha ido perdiendo sus contornos. Y una de las preguntas que se abre es ¿en qué punto y bajo qué condiciones lo privado se vuelve político y con ello un aspecto de la esfera pública? Y, por lo tanto, también, ¿cuándo y qué aspectos de la vida privada deben/pueden estar sometidos a las mismas demandas de transparencia? ¿Cuándo es importante transparentar la vida sexual de alguien? ¿Es importante saber qué prácticas sexuales –algo que intuimos de la esfera privada– prefiere un político –un personaje público–, y cuáles son las circunstancias que posibilitan esta politización del mundo privado?

Paralelo a esta discusión de orden político –en el sentido que tiene que ver con la relación de poderes y el cuidado de que posiciones de privilegio no lleven a abusos de poder– se puede observar una difuminación de los límites entre lo público y lo privado en el uso de

las redes sociales. Sea Facebook o Instagram, estas plataformas operan al modo de una plaza pública a la que todo es atraído: desde mi última cena en un restorán de moda, las fotos de mis mascotas, de mis hijos, de mis vacaciones, yo con nuevo corte de pelo o luciendo bikini, mis encuentros y desencuentros amorosos, el ánimo que me embarga al despertar... Opiniones de todo tipo y en los más variados registros entran a las redes sociales. Pareciera que no hay ahí ninguna eficacia de aquella línea que divide lo privado y lo público, ni en tanto asunto de decoro ni tampoco en tanto al aspecto vinculado al interés: es decir, esto se publica –se vuelve público– porque atañe a la esfera pública, es de interés público. Se puede, por lo tanto, detectar una aspiración de hacer de lo privado, algo público. Y quizás esta continua visibilización pueda vincularse al miedo a la soledad. Son cada vez menos los espacios donde pareciera soportarse la soledad. Las redes sociales son una manera de disminuir la sensación de soledad, pues al menos virtualmente, estoy acompañada, soy vista, soy reforzada en mi ego, soy “likeada”.

Las redes también han contribuido a la despolitización de lo verdaderamente público, los asuntos comunes, al privatizarlo todo. Entonces ahora lo que compartimos es “el yo”, o casi, y eso pareciera ser más importante que los asuntos comunes, que es lo que nos debiera importar en tanto comunidad.

Quizás esta indistinción entre lo público y lo privado también esté en relación con el desinterés en lo político, pues, de alguna forma, todo y nada es político; todo y nada puede ser de interés público y todo y/o nada pertenece a la esfera privada. La omnipresencia de la cámara, de la posibilidad de grabar y ser grabado termina por convertir potencialmente cada situación de la vida en una que podría volverse pública. Y esto pareciera que también alcanza la esfera de lo íntimo y de la intimidad; aquella zona más resguardada de nuestra vida privada.

2) La muerte del deseo

El deseo es una pulsión que, así pensada por Freud y Lacan, proviene de nuestro inconsciente. No necesariamente deseamos lo que conscientemente queremos. No siempre

entendemos lo que deseamos. Hay pulsiones que son (auto)destructivas. Es decir, el deseo tiene que ver también, y quizás, sobre todo, con algo oculto, con algo que se escapa a la transparencia de un sentido inequívoco, con algo que escabulle nuestros modos de explicación habituales. Por lo tanto, se produce una suerte de incompatibilidad entre esta era que reclama transparencia y que vive exhibiendo su intimidad, y el deseo. Me parece que podría pensarse que estamos entrando en una era de la supresión del deseo. No debe haber nada oculto, todo debe ser visibilizado, todo tiene una imagen y una representación. Esto excluye el deseo.

Un ejemplo de ello podría verse en todas las demandas que se han hecho desde los movimientos feministas con relación a los abusos sexuales y de poder en las universidades. Por supuesto que todos queremos una universidad resguardada de acoso y abuso. Pero el precio que debemos pagar por ello a ratos parece desmedidamente alto. Se nos insta a los profesores a no recibir a los alumnos en nuestras oficinas a puertas cerradas. Es decir, no debe generarse la posibilidad de un espacio de privacidad o intimidad. Es un espacio público. No podemos tocar a nuestros alumnos. No podemos comentarles sus cortes de pelo, sus tatuajes o su ropa. Es decir, se pretende que el aula se convierta en un espacio clínico, aséptico, donde no tenemos cuerpo ni, mucho menos, deseos. Pero, ¿cómo hacer clases de literatura o de filosofía suprimiendo cuerpo y deseo? Una de las demandas más sorprendentes que fueron planteadas por los mismos estudiantes es que la universidad proteja de los abusos en las fiestas privadas de los alumnos. Mientras que en los años sesenta se luchaba por menos autoridad y más horizontalidad, los estudiantes de hoy no confían en los espacios recreativos que son manejados por ellos mismos. Entonces, también parece haber una infantilización que requiere de autoridad y vigilia. Nuevamente: transparencia y muerte al deseo.

3) La desaparición del inconsciente

Si a finales del siglo XIX Freud “descubre” o “describe” el inconsciente y esto puede ser entendido como una verdadera revolución para la concepción del sujeto que marcará todo el siglo XX, podría plantearse que ahora, a comienzos del siglo XXI, el inconsciente

pareciera estar desapareciendo. El inconsciente tiene que ver con todo lo que nos marca pero que no conocemos, aquellos fantasmas que nos pueblan pero que no sabemos ni de dónde vienen ni tampoco cuándo se nos aparecen. Es decir, con lo oculto, lo escondido, lo secreto. Y es por ahí que se vehiculiza el deseo. Si vivimos un momento donde la demanda de transparencia impera y con una voluntad de hacer público todo, ¿qué sucede con el inconsciente? Todo debe ser abierto, mostrado; todo termina por adquirir un valor similar. No debe haber secretos ni verdades ocultas. Todo debe estar y está a la vista.

4) Una política deserotizada

No solo es la esfera política la que carece de erotismo, tal como pueden verse en las cifras que demuestran la poca participación ciudadana en las votaciones, por ejemplo, o la falta de lectura de diarios en los jóvenes, sino en general me parece que el erotismo desaparece y es sustituido por una omnipresencia de las imágenes. La facilidad de acceder a la pornografía (solo con un click se revive lo que en generaciones anteriores implicaba logísticas complejas de compartir un VHS y pasarlo de mano en mano), la sobreexposición de la imagen en general llevan a una especie de simulacro de erotismo que termina por matar los componentes esenciales de éste: la seducción, lo velado, la noción de prohibición.

Sin querer sonar distópica, creo que vivimos un momento histórico de cambios importantes y que dicen relación con esta desaparición de lo privado y lo íntimo, con la supresión del deseo y el erotismo, y con la desaparición del inconsciente. Bajo estas circunstancias, parece casi imposible pensar en una política con erótica.